

Entrevistas



62 > «Siempre vale la pena inventarse futuros y pelear por ellos»

A Martín Caparrós por Alexis Serrano Carmona

69 > «En la actualidad, las nuevas generaciones deben enfrentar fenómenos que antes no se producían»

A Alejandro Suárez Pasquel por Iván Rodrigo-Mendizábal

«Siempre vale la pena inventarse futuros y pelear por ellos»

ENTREVISTA A MARTÍN CAPARRÓS
POR ALEXIS SERRANO CARMONA



Martín Caparrós escribe ficción y no ficción: crónica, ensayo y novela. Ha recorrido el mundo para contar historias y cree que el periodismo puede ser un instrumento para pensar nuestro tiempo. El periodista Alexis Serrano Carmona logró, en forma exclusiva para la revista Andina, la siguiente entrevista con Caparrós, quien invita a pensar sobre el futuro de América Latina. Cree que la región ha estado dando vueltas como carrusel y que, por ahora, parecería que va sin rumbo. Pero en él no hay gota de conformismo: «Es tanto más atractivo vivir intentando mejorar las cosas, que simplemente dejarse vivir, a la deriva», dice.



Al otro lado de la pantalla está Martín Caparrós, el periodista, el escritor, el cronista. En el fondo se alcanza a ver una habitación oscura: un sillón negro, una estantería y algo que parece ser un televisor. Justo detrás de él, sin embargo, hay una pared clara con reflejos de un sol incandescente, y un sillón *beige* con cojines acomodados por ahí. En primer plano, a través de Zoom, está él, vestido de negro como casi siempre. El sol de la tarde en Torrelodones, el municipio de Madrid donde vive, le pega justo en el rostro, bañándolo de una palidez encendida.

«Parece que me he convertido en una mancha blanca», bromea al mirar la pantalla, y se dirige a acomodar la cortina para que le ofrezca algo de sombra.

En la obra de Caparrós la historia y el transcurso del tiempo han jugado un papel decisivo. Ocurre en *El Hambre*, el libro-crónica-ensayo en el que cuenta por qué en un planeta con suficiente comida para alimentar a todos, hay tanta gente que muere por no tener qué comer. En *Sarmiento* narra en clave de novela el último tramo de Domingo Faustino Sarmiento en el poder, en Argentina. En *Todo por la patria* reconstruye con precisión aguda el Buenos Aires de 1933. En *Sinfín* imagina un futuro distópico en el que los humanos logran transferir sus cerebros hacia una forma de vida eterna. Y en *La Historia*, el libro que más le importa haber escrito, inventa una civilización desde cero y le otorga, literalmente, toda su historia.

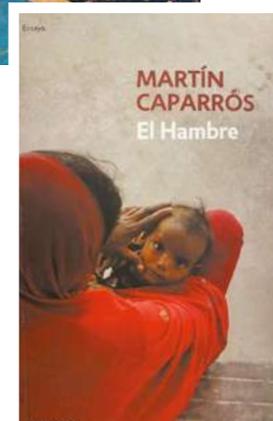
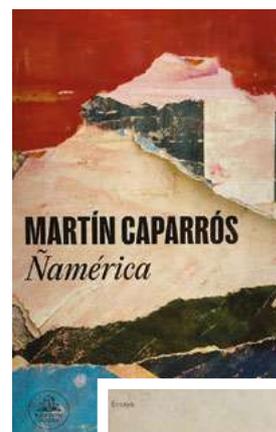
Pasa lo mismo en dos de sus obras más recientes. En *Ñamérica* hace una profunda radiografía de la región y la aborda tanto desde el pasado como desde el presente. Y en *El mundo entonces* hace un ensayo narrativo sobre nuestro mundo actual, como si estuviera escrito por una historiadora del siglo XXII.

¿Por qué la historia es un tema tan recurrente?

A mí, en general, me sorprende lo contrario. Me sorprende lo ahistóricos que solemos ser. Para una gran mayoría de personas, parece que no existiera el pasado. No piensan que el momento en que vivimos es una estación más en una larguísima fila de estaciones. Y yo creo que tener consciencia de que el momento que vivimos viene de otros momentos muy diferentes y va hacia otros muy distintos te permite entender mejor lo que estás viendo. Vivimos un vaivén histórico que tiene muchos matices. En ese sentido, digo, me sorprende lo ahistórico de mucha gente.

¿Y por qué crees que somos tan ahistóricos?

Yo creo que, para los poderes, la ventaja de que seamos ahistóricos es que no se nos ocurre que lo que estamos viviendo puede cambiar. Porque no sabemos que las cosas han ido cambiando todo el tiempo. ¿Viste que dicen que resulta más fácil



“ Me sorprende lo ahistóricos que solemos ser. Para una gran mayoría de personas, parece que no existiera el pasado. ”



©Unsplash.com

“
Si el periodismo no
sirve para entender
un poco más el mundo,
entonces no sirve
para nada.
”

imaginar el fin del mundo que el fin del capitalismo? Pues basta con saber un dato concreto: todos los sistemas políticos, económicos, se acabaron, fueron reemplazados. No hay ninguna buena razón para pensar que al capitalismo no le va a pasar lo que a todos los demás. Yo creo que a muchos que tienen distintas formas de poder les conviene que no seamos capaces de pensar eso, de ponerlo en el contexto histórico, porque, entonces, nos convencemos de que las cosas son así y van a ser siempre así. Y, por lo tanto, ¿para qué hacer el esfuerzo «inútil» de cambiarlas?

Este juego del tiempo: pasado, presente, futuro, ¿viene mucho de la crónica en tu caso? Esto de pensar el tiempo...

Viene de antes de la crónica. Yo decidí estudiar Historia cuando tenía, qué sé yo, trece o catorce años, y ya antes me gustaba. Si no me dediqué a ser un académico de la historia o un historiador académico fue porque me parecía muy aburrido. Pero la conciencia de la historia y el interés por la historia no los perdí nunca. Y, por supuesto, cuando escribo una crónica también aparece, como tú decías; incluso en las columnas que escribo. Todo lo que pienso lo pienso en términos de desarrollo histórico. Tratar de ver en qué momento de ese recorrido estamos.

Has dicho también que el periodismo es una herramienta para pensar nuestro tiempo.

Yo no digo que todo trabajo periodístico tenga que reflexionar sobre lo que cuenta. Es una elección o una posibilidad, que unos pueden ejercer y otros no. Pero lo que sí digo es que no hay que privarse de esa posibilidad. Hubo una cierta idea del periodismo, que consistía en que uno tenía que retraerse o retirarse de cualquier posibilidad de análisis de lo que estaba contando. Y, bueno, yo no estoy de acuerdo con eso. Si está la posibilidad y uno quiere intentarlo, vale la pena. Si el periodismo no sirve para entender un poco más el mundo, entonces no sirve para nada.

Caparrós narra casi tanto como respira. Ha publicado más de treinta libros, en más de treinta países. Ha escrito ficción y no ficción: novela, crónica y ensayo. Ha viajado a los países más ricos y a los más pobres para contar sus historias. Ha mostrado la sucia costumbre de unos viejos pedófilos en Sri Lanka, los ejércitos de la cocaína en Bolivia, el espíritu del capital en Hong Kong, la guerrilla colombiana, las muxes de Juchitán... Ha recibido los premios Planeta y Herralde de novela, los premios Tiziano Terzani y Miguel Delibes de ensayo, los premios Rey de España y Moors Cabot de periodismo, y recientemente recibió el Ortega y Gasset a sus más de cinco décadas de trayectoria.

En una entrevista —hace seis años— cuando el periodista Hugo Alconada le preguntó por qué escribe, Caparrós respondió:



“

Estamos en una época en que la región no sabe a dónde va, que no ha decidido, que no ha encontrado un proyecto de futuro que la seduzca lo suficiente como para trabajar por él. ”

«Porque es mi forma de mirar el mundo. Yo veo el mundo hecho de palabras».

Tras la pantalla, en Zoom, el maestro va acentuando con sus gestos cada respuesta: alzando y bajando sus cejas; a veces cruzando los brazos y a veces extendiéndolos a tope. El sol no ha cedido ni un ápice y, de vez en cuando, mientras piensa una respuesta o escucha una pregunta, le da una fumada a la pipa de agua que tiene junto a su computador, lo que le queda de esa costumbre suya de fumar mientras escribe.

En *Ñamérica*, Caparrós ofrece una mirada profunda de los diecinueve países de América que hablan español y, gracias a eso, ha pasado los últimos años pensando, atendiendo entrevistas y respondiendo preguntas sobre la región.

Después de escribir *Ñamérica*, ¿crees que son más cosas las que nos unen que las que nos separan?

(Caparrós mira hacia arriba y sonríe, casi como si se le hubiera pedido un imposible, algo fuera de lugar, pero entonces responde). Es difícil hacer un balance. Parece una perogrullada, pero el hecho de que nos una el idioma es muy decisivo. No hay ninguna otra región del mundo donde veinte países hablen el mismo idioma; en donde tú y yo: un ecuatoriano y un argentino que vive en España, podamos estar charlando sin problema. No nos damos cuenta, pero es un elemento extraordinario. Eso, para empezar. Para seguir, muchas otras cosas que son un poco menos gratas. Las economías de nuestros países están basadas, sobre todo, en la extracción de materia prima. Eso es algo que venimos arrastrando desde la Colonia, todavía no hemos conseguido cambiar y condiciona

mucho nuestra estructura social. Yo creo que sí, que hay más cosas que nos unen; si buscamos rasgos comunes, podría seguir un rato largo.

Yo te he escuchado decir sobre Argentina esto del «país calesita», que es lo que nosotros llamamos carrusel. ¿Va para algún lado la región o solo estamos dando vueltas sin parar?

Hemos estado dando vueltas en las últimas décadas, sin ninguna duda. Hubo un momento, a principios de los 2000, en que pareció que había algún tipo de búsqueda distinta, pero con el tiempo eso se reveló muy falso o muy fracasado. Y estamos otra vez dando las mismas vueltas. Vuelve a haber gobiernos neoliberales, como los de los años noventa, con alguna diferencia discursiva, pero con políticas económicas y sociales muy parecidas. Da la sensación de que, efectivamente, seguimos en la calesita o en el carrusel.

¿Cómo nos bajamos del carrusel?

No sé cómo se rompe eso, pero de vez en cuando se rompe. Lo que pasa es que en este momento no sabemos cómo. Hay algo en lo que insisto mucho: estamos en una época en que la región no sabe a dónde va, que no ha decidido, que no ha encontrado un proyecto de futuro que la seduzca lo suficiente como para trabajar por él. Pero eso es algo que a lo largo de la historia sucede. Hay épocas que tienen un proyecto de futuro y otras que no. Generalmente, porque un proyecto anterior se concretó mal o pasó lo que sea, y entonces todavía no han encontrado el siguiente. Y esta época es una de esas. Por eso tenemos tanto miedo del futuro. Yo digo que si el futuro no es promesa, es amenaza. Y ahora no es promesa. Entonces, lo pensamos todo el tiempo como amenaza: la amenaza ecológica, la amenaza demográfica, la amenaza política, ahora incluso una amenaza técnica con la inteligencia artificial. Todo es amenaza, estamos muertos del miedo y no hay algo que queramos construir, que nos haga ser optimistas respecto a ese futuro posible.

Desde hace un par de años, Caparrós enfrenta una enfermedad degenerativa que ha llegado al punto en que los músculos de sus piernas son prácticamente incapaces de sostenerlo. Eso lo ha obligado a usar todo el tiempo una silla de ruedas eléctrica que él maneja a través de una palanquita similar a las de las antiguas máquinas de videojuegos. Hasta el año anterior, con silla de ruedas y todo, seguía viajando en avión, dictando conferencias y atendiendo charlas en otros países. Pero ahora resulta más complicado y ya casi no viaja. Lamenta, por ejemplo, no haber estado en el Festival Gabo de periodismo, que se realizó en julio del año pasado en Bogotá.

Llega un momento, durante la entrevista, en que se le cae la pipa de agua al suelo y tiene que parar. Se esfuerza al hacer para atrás la silla de ruedas e intentar recogerla. «¡Qué desastre!», dice. «Dame un segundito, por favor». Apaga el micrófono y la cámara de Zoom. Luego de exactamente dos minutos y medio, vuelve a activar el video y el micrófono y explica que la pipa «tiene un carbón encendido y se armó todo un lío». «Pero bueno...», dice, y entonces continúa.

¿Cómo te imaginas la región en cien años, desde donde escribe la historiadora de *El mundo entonces*?

En lo específico, no me la imagino. Lo que sí me imagino es que van a vivir mejor que nosotros. Hay una idea de la que estoy cada vez más convencido: en lo que conocemos de la histo-

ria, con sus altos y sus bajos, las sociedades han vivido cada vez mejor. Por supuesto, eso no quiere decir que cada veinte años todo sea mejor que antes; en ocasiones, durante cincuenta o cien años parece que todo se fue al carajo. Pero, si te agarras el largo recorrido, ves que siempre las sociedades viven mucho mejor que las anteriores. No sé cómo vaya a ser, pero estoy estúpidamente convencido de que será mejor.

En *El mundo entonces* expones datos que, viéndolos en conjunto, son muy reveladores. Por ejemplo, que América Latina, por fuera de Oceanía, creo, es el continente menos poblado y, sin embargo, es una región muy inequitativa. ¿Por qué?

América Latina es, efectivamente, una de las regiones menos densamente pobladas del mundo. Sin embargo, como decía en *Ñamérica*, es la región más urbana del planeta, lo cual contradice todos estos lugares comunes que hacen pensar a América Latina como un lugar en el que lo básico es la naturaleza y el campo y las selvas y los ríos y las montañas. Quiero decir que lo básico de nuestra región ahora son las ciudades, que se han armado muy confusamente en las últimas décadas. Y la desigualdad tiene que ver con lo que hablábamos antes: esto de que la base económica de nuestra región siempre fue la extracción y exportación de materia prima, que también tiene que ver con la poca densidad poblacional. Para sacar el



“ América Latina es, efectivamente, una de las regiones menos densamente pobladas del mundo. Sin embargo, como decía en *Ñamérica*, es la región más urbana del planeta. ”

©Unsplash.com



lito del desierto no necesitas poblar el desierto; simplemente mandas a trescientos ñatos a que se lo lleven.

Hay otro tema que abor das en el libro y es cómo a pesar de que ahora contamos con tanta información tenemos tanta ignorancia. ¿Por qué crees que se da esta contradicción?

(Piensa por un momento, resignado). Sí... Hay algo raro en eso, ¿no? Justo hace dos o tres días estaba escribiendo una columna para *El País* sobre la palabra *saber*. Y lo que llama la atención es la cantidad de cosas que, supuestamente, sabemos ahora. Sabemos muchísimas cosas, ¿no? Pero la mayor parte son equivocadas, o son incompletas, o son falsas, pero las sabemos. Durante muchas épocas el problema era la supuesta ignorancia; ignorabas muchísimas cosas. La gran consigna de Kant en su libro *La ilustración* es: «Atrévete a saber». Y ahora, yo pensaba que quizás Kant tendría que decir: «Atrévete a dudar». Porque creemos que sabemos cantidad de cosas y la mayor parte de esas cosas nos llevan a cualquier lado. Hace tiempo el problema era lo que no sabíamos, ahora, probablemente, el problema es lo que sabemos.

“ Yo reivindico completamente la duda. Yo estoy cada vez más a favor de la duda y me parece la única actitud más inteligente. ”

Quizás ahora tendríamos que aplicar la política de la duda para llegar al conocimiento.

¡Absolutamente! Sí, sí. Yo reivindico completamente la duda. Estoy cada vez más a favor de la duda y me parece la única actitud más inteligente. Dudar para poder aprender y para poner en cuestión aquello que uno cree que sabe, para saber alguna otra cosa, y así sucesivamente.

Hablábamos recién del tema de las ciudades, de la región urbana. ¿Crees que eso se irá acentuando en el futuro?

No lo sé. Si te fijas en los países más —digamos— desarrollados, la tendencia no es a que las ciudades sigan creciendo. Al contrario, se van, de algún modo, descentralizando, desarmando, porque la vida en las ciudades de quince o veinte millones de habitantes es intolerable. Aunque, por otro lado, China, el país que parece que va a liderar las cuestiones, está produciendo ciudades infinitas.

Otra tendencia ñamericana que tratas es el «victimismo». Asumir el rol de la víctima o ponerte siempre del lado de la aparente víctima porque así quedo de «buenito». ¿Crees que ese es un rasgo de nuestra región?

No sé si diría que es un rasgo de la región, pero es algo que nos sale bastante bien. Hubo como un discurso hegemónico sobre nuestra región, que fue el de Eduardo Galeano con *Las venas abiertas*, que estaba basado en esa idea de la víctima. Había unos malos muy malos que habían venido y nos habían jodido;



“

En el caso de América Latina está clarísimo que, para muchos millones de personas, la democracia es ese régimen en el que viven vidas muy difíciles, donde no viven las vidas que se merecen. Entonces, ¿por qué estarían a favor de ese sistema?”

y seguíamos jodidos porque, de algún modo, esos malos muy malos —ellos y otros— siguen ahí. Cosa que es cierta, pero que es incompleta y nos paraliza. Si siempre sos el que se jode, si siempre sos el que sufre, es como que no tenés nada. No tenés posibilidades de cambiar. Se vuelve conveniente. Me conviene estar en esta posición porque soy «el buenito». Porque soy «el buenito», porque me ayudan, porque me compadecen, porque de pronto, bueno, me dan algo. En la región muchos viven de distintos tipos de limosna. Entonces, para merecer todo eso, hay que demostrar que uno sufre lo suficiente. Quedarnos estancados ahí es lo peor que nos puede pasar.

Sobre la falta de confianza en la democracia, algo que también abordas en el libro, ¿qué pasa con nuestras democracias? ¿Algún rato vamos a madurar democráticamente?

Yo creo que, lamentablemente, no es ni siquiera un fenómeno *ñamericano*. Está pasando en todo el mundo. Pero en el caso de América Latina está clarísimo que, para muchos millones de personas, la democracia es ese régimen en el que viven vidas muy difíciles, donde no

viven las vidas que se merecen. Entonces, ¿por qué estarían a favor de ese sistema? Si ni siquiera comen todos los días. Tenemos, quizá, alguna buena razón los más viejos, que hemos vivido algunas dictaduras militares, pero ya somos cada vez menos y ya es un recuerdo que se va difuminando. Como te digo, para todos los menores de... no sé, cuarenta y cinco, cuarenta años en nuestra región, la democracia es solo el sistema en el cual han vivido mal toda su vida. Entonces, ¿por qué les vas a pedir que lo defiendan?

En *Ñamérica*, Caparrós habla de la opción de pensar un futuro que no sea supervivencia, de hacer realidad «el impensable». De la necesidad de que alguien —o algunos— piensen e inventen ese futuro.

¿Crees que exista para América Latina un futuro así, que no sea pura supervivencia? ¿Vale la pena pensarlo y, si se encuentra, luchar por él?

(Mientras escucha la pregunta, Caparrós mueve la cabeza una y otra vez de arriba hacia abajo en señal afirmativa, y responde sin atisbo de duda). ¡Por supuesto! Por supuesto. Imagínate si les hubieras dicho a ciertas mujeres hace ciento veinte años si valía la pena luchar por un futuro en el que las mujeres pudieran votar. Por suerte hubo gente, hubo mujeres —y hombres también— que pensaron que eso valía la pena. Ahora pensar que alguien no podría votar por ser mujer es aberrante y, sin embargo, hace ciento veinte años era normal. Siempre vale la pena tratar de inventarse futuros y pelear por ellos. En algunos casos no lo conseguiremos, pero algunas veces sí. Y, aun cuando no lo conseguimos, es tanto más atractivo vivir intentando mejorar las cosas que simplemente dejarse vivir, a la deriva. Uno la pasa tanto mejor pensando qué puede hacer para mejorar algo.

—Para poder hacer más reales los impensables... —¡Sí!

